

EL SOCIALISMO EUROPEO, LA ALIANZA ATLÁNTICA Y CENTROAMÉRICA: ¿UNA HISTORIA DE EXPECTATIVAS FRUSTRADAS?

CARLOS RICO F.

INTRODUCCIÓN

LA CRISIS CENTROAMERICANA constituye un terreno particularmente interesante para el análisis de algunas de las “nuevas realidades” que caracterizan las relaciones entre Estados Unidos y otros países occidentales en los ochenta. La profunda novedad de tales realidades resulta muy clara en el istmo. Hasta hace unos cuantos años Centroamérica ocupaba un lugar tan bajo en la agenda de la política internacional, de la política exterior norteamericana, o aun de las relaciones interamericanas, que para principios de los setenta el Secretario Asistente de Estado para Asuntos Latinoamericanos no dedicaba a ella más del 3 % de su tiempo.¹ Como este mismo ensayo sugiere, la subregión puede hoy ser empleada como ejemplo de procesos de alcance mucho más global. El que esto sea así es principalmente el resultado de dos desarrollos.

El primero se relaciona con el cambio que ha tenido lugar por lo que se refiere a la posición de los países del istmo. Durante la mayor parte de este siglo y al menos hasta fines de los setenta los países centroamericanos representaban un área prácticamente indiscutida de influencia estadounidense, en la que otros países occidentales (con excepción de la presencia británica en Belice) tenían intereses muy limitados. Ahí se estableció por primera vez el papel internacional de Estados Unidos y los europeos aceptaron también por primera vez el liderazgo de la nueva potencia mundial que surgía con el nuevo siglo. Así, en tanto la presencia de gobiernos y fuerzas no gubernamentales europeas fue bastante abierta en Sudamérica durante el periodo de entre guerras no puede decirse lo mismo para el istmo, donde los estaduni-

¹ William D. Rogers, “U.S behavior and European Apprehensions”, en Joseph Cirincione (ed.), *Central America and the Western Alliance*, Nueva York, Holmes & Meier, 1985.

denses fueron capaces de desarrollar una presencia prácticamente no cuestionada aun durante los años de mayor "aislacionismo" de su política exterior. Después de la Segunda Guerra Mundial, en tanto América Latina como un todo vio disminuir sus opciones internacionales, se confirmó el lugar de Centroamérica como un área de —como lo he llamado en un trabajo previo— "hiperhegemonía" estadounidense.²

El contraste entre esa realidad y la actual proliferación de actores internacionales que de una manera u otra han participado en el difícil proceso de transición que inauguró en 1979 el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, es ciertamente notable. El que entre esos nuevos actores hayan tenido un lugar particularmente destacado otros gobiernos occidentales, tanto de Europa como de América Latina, transforma esta situación en un potencial caso de estudio sobre la situación más general de las relaciones intraoccidentales.

El segundo desarrollo se refiere a la dirección que esta nueva serie de actividades por parte de diversos países occidentales ha tomado. Tanto los gobiernos de los mayores países latinoamericanos como varias fuerzas públicas y privadas de Europa Occidental han sido abiertamente críticos de las políticas que la administración Reagan ha seguido en el área, rehusándose a tomar como un dato el papel del liderazgo estadounidense en ella. Esto ha dado lugar a una interesante paradoja en la que, al mismo tiempo que el gobierno estadounidense defiende públicamente sus prescripciones de política ante la crisis con el argumento de que busca defender los "intereses de occidente amenazados por la Unión Soviética", aquellos otros gobiernos cuyos intereses están siendo supuestamente defendidos se niegan a compartir la percepción de lo que está en juego en la crisis centroamericana. De hecho, esos otros países occidentales parecen muchas veces percibir amenazas a sus intereses que surgen no de acciones soviéticas sino del comportamiento estadounidense en el área.

Desde una perspectiva latinoamericana, hay razones para examinar cuidadosamente la participación europea en la crisis centroamericana que, aunque no estén directamente relacionadas con el problema de las percepciones en el área de la seguridad, resultan igualmente importantes. En este caso tal crisis puede verse también como un ejemplo de las tendencias más generales hacia un orden internacional más policéntrico, en el que pueden existir nuevas alternativas para ellos. Desde

² Carlos Rico F., "Common Concerns and National Interests: The Contadora Experience and the Prospects for Collective Security Arrangements in the Western Hemisphere", ponencia preparada para el proyecto de Seguridad Colectiva en el Hemisferio Occidental de la Fundación para la Paz Mundial, 1987.

finés de los sesenta, diversos gobiernos de la región han intentado, con muy diferentes resultados, "salir" del hemisferio occidental desarrollando nuevas alternativas que puedan incrementar su capacidad de negociación internacional.³

Estos esfuerzos latinoamericanos por "diversificar la dependencia" han sido abundantemente estudiados. La literatura resultante, sin embargo, tiene dos limitaciones que resultan importantes para el objeto de este ensayo. En primer término, generalmente se ha puesto un énfasis en el estudio de las dimensiones económicas de la diversificación. En segundo lugar, se tiende a ver cualquier éxito en este sentido como el resultado de iniciativas latinoamericanas. Aspectos cruciales del fenómeno son en consecuencia frecuentemente descuidados. Tal es el caso de las dimensiones políticas de la diversificación, con lo que me refiero no solamente a las posibilidades de alianzas o acciones conjuntas, así sean limitadas, con gobiernos que están más allá del hemisferio occidental, sino también a los contactos y apoyo mutuo que pueden desarrollarse entre diversas fuerzas políticas no gubernamentales de varios países de occidente. Una segunda dimensión, que no siempre ha sido tratada adecuadamente, se relaciona con el papel que las iniciativas de tales polos alternativos de relación, en este caso los europeos, pueden tener (y en algunos casos han tenido) en el contexto de los esfuerzos latinoamericanos de acercamiento.

Este ensayo intenta contribuir a iluminar la temática más amplia referida a la participación europea en asuntos latinoamericanos y sus implicaciones en la esfera de las percepciones dominantes en el campo de la seguridad dentro de la Alianza Atlántica. Toma la crisis centroamericana como un ejemplo de los desacuerdos potenciales que pueden surgir entre diversos países occidentales en un área temática dada. Por ello, centro mi atención en un conjunto de actores políticos europeos que, al mismo tiempo, están claramente situados dentro de los parámetros de lo que podría entenderse como "occidente" y pueden tender a presentar un énfasis distinto en su examen de las cuestiones relacionadas con el campo de la seguridad: los socialdemócratas europeos. Mi análisis se concentrará en el foro internacional en que éstos se agrupan (la Internacional Socialista), pero haré algunas referencias a acciones específicas de partidos nacionales y aun de aquellos gobiernos en que

³ Laurence Whitehead, "Debt, Diversification and Dependency: Latin America's International Political Relations", en Kevin Middlebrook y Carlos Rico (eds.): *The United States and Latin America in the 1980's: Contending Perspectives on a Decade of Crisis*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1986.

los partidos socialistas europeos han estado en el poder durante los años de la crisis centroamericana.

El tema básico que será desarrollado en este ensayo se centra en las expectativas levantadas tanto en Europa como en América Latina por el activismo desarrollado por algunas de estas fuerzas. A principios de los ochenta, en ambos lados del Atlántico se llegó a pensar que los socialistas europeos podrían crear un puente entre las percepciones de seguridad latinoamericanas y las principales preocupaciones que en ese campo comparten los socios básicos de la Alianza Atlántica. ¿Cuál fue el resultado final de esas expectativas? Es ésta la pregunta que guía el desarrollo de estas notas.

El argumento se presenta en tres pasos. La primera sección del ensayo recapitula los principales antecedentes de la participación de los socialistas europeos en Centroamérica y, de manera más general, en las cuestiones latinoamericanas. En su siguiente sección, el trabajo resume las principales razones que parecen explicar las expectativas generadas en América Latina como resultado de tal participación. La tercera parte examina su papel en el contexto de la crisis centroamericana, con particular atención en el desacuerdo que se generó con la administración Reagan. Por último, presento una evaluación preliminar del estado que guardan hoy las acciones de los socialdemócratas europeos en relación con la crisis centroamericana, identificando el potencial para una mayor participación por parte de los mismos en otras áreas temáticas y en otras subregiones latinoamericanas. Así, después de dedicar el cuerpo de estas notas a reseñar las principales razones que pueden darse para justificar las esperanzas levantadas por el incremento en esta clase de activismo europeo en el área, concentro mis consideraciones finales en aquellas que están detrás de la más reciente limitación de tales expectativas.

LOS PARTIDOS SOCIALISTAS EUROPEOS Y AMÉRICA LATINA: DE LOS AÑOS DE SOLEDAD A LA CRECIENTE ATENCIÓN EN LOS TIEMPOS DE LA CRISIS

En el curso de un proceso bien conocido, cuyas raíces llegan a la mitad del siglo XIX y en particular a la creación (y posterior desarrollo) de la Segunda Internacional en 1889, las fuerzas políticas europeas que postulaban el socialismo como su objetivo se dividieron gradualmente en dos corrientes principales. El movimiento comunista, la primera de tales corrientes, fue crecientemente percibido después de la revolución rusa de 1917 como estrechamente vinculado con la potencia que después de la Segunda Guerra Mundial se convertiría en el principal com-

petidor internacional de los Estados Unidos. Como tal, atrajo un grado considerable de atención entre los estudiosos de las relaciones internacionales.

La segunda corriente, la social-democracia, ha sido mucho menos estudiada por los especialistas de relaciones internacionales, en particular en Estados Unidos. Fue formada por aquellos partidos y movimientos políticos que en su pensamiento original señalaban que podría alcanzarse el socialismo a través de la reforma del capitalismo y que daban un gran valor a la preservación y ampliación de los logros políticos de la democracia liberal. Gradualmente estas fuerzas llegaron a enfatizar no la transformación radical sino la reforma de las estructuras sociales, económicas y políticas existentes.

Ambas corrientes desarrollaron contactos internacionales en otras partes del mundo. Sin embargo, ya para las primeras décadas del siglo XX, fue clara una diferencia entre ellas por lo que hace a su capacidad de enraizarse en las áreas menos desarrolladas del planeta. En tanto la ideología comunista se desarrolló en partes de Asia y América Latina, la socialdemocracia se mantuvo como un fenómeno básicamente europeo, a pesar de los esfuerzos que diversos partidos socialistas metropolitanos hicieron para promover la creación de movimientos políticos afines en las entonces colonias europeas.

Esta diferencia básica es particularmente clara en América Latina. Según uno de los más destacados historiadores del pensamiento socialista, lá región no cumplió un papel importante en ninguna de las ramas del movimiento socialista, al menos hasta después de la primera guerra mundial.⁴ Sin embargo, para la segunda década de este siglo, varios partidos comunistas desarrollaban actividades en el área.

Por otra parte, durante la mayor parte de este siglo, ha habido solamente un número pequeño de partidos políticos latinoamericanos afiliados formalmente a las organizaciones en las que los socialdemócratas se han reunido. Las más importantes excepciones a esta situación en las primeras décadas del siglo fueron los partidos socialistas de Argentina y Uruguay, los cuales, después de participar en las actividades de la Segunda Internacional mantuvieron limitadas conexiones con sus contrapartes europeas. Fuerzas políticas, tanto de Brasil como de Chile, participaron esporádicamente en esos esfuerzos internacionales.⁵

Una de las causas de esta situación puede encontrarse en el difícil

⁴ G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, vol. IV, p. 273.

⁵ *Ibid.*

periodo por el que pasó la socialdemocracia desde la primera guerra mundial hasta mediados de los cuarenta. La reorganización del movimiento internacional socialdemócrata que culmina en 1951 con la creación de la Internacional Socialista preparó el campo para un nuevo periodo de activismo internacional por parte de los partidos socialdemócratas europeos, varios de los cuales llegaron al poder en sus respectivos países durante estos años. Tal potencial, sin embargo, no fue plenamente desarrollado sino hasta unos años después.

El intento de encontrar una “tercera vía” entre los sistemas socioeconómicos dominantes del mundo de la posguerra y la mezcla de liberalismo político, reformismo social y económico, y abierto anticomunismo que caracterizó las primeras declaraciones de principios de la Internacional Socialista, tuvieron un doble efecto. Por un lado enajenaron a una buena parte de las fuerzas socialistas del mundo que tendieron a percibir a los socialdemócratas como demasiado cercanos a las posiciones de Estados Unidos en las confrontaciones de la guerra fría. Por el otro, atrajeron la atención de varias fuerzas políticas de las áreas subdesarrolladas, que estaban ellas mismas intentando ganar distancia de ambas superpotencias.

Durante los cincuentas y sesentas, la fuerza potencial de atracción que esto representaba y la propia prioridad que los socialdemócratas pudieron dedicar a ampliarla, fueron limitadas por tres conjuntos de factores: a) el percibido alineamiento del socialismo europeo detrás de Estados Unidos; b) la posición tomada por varios partidos socialdemócratas europeos durante el proceso de descolonización que dominó las relaciones norte-sur durante ese periodo; y c) el hecho de que durante esos años los problemas de la reconstrucción europea constituían el punto más alto en la agenda de prioridades de la mayor parte de las fuerzas políticas de esa área del mundo.

Al irse modificando paulatinamente esos estreñimientos, se presentaron dos desarrollos diferentes. En primer lugar, una vez que la descolonización fue prácticamente terminada y la guerra fría empezó a descongelarse, se hizo crecientemente claro el atractivo potencial de los principales aspectos del pensamiento socialdemócrata para otras áreas del mundo. En segundo término, al disminuir sus dificultades económicas, pudo incrementarse la atención que los europeos pudieron dedicar a sus relaciones con el mundo subdesarrollado, más allá de sus respectivas colonias. Se dio así una feliz coincidencia de circunstancias, en la que los esfuerzos planteados por la Internacional Socialista para dejar de ser solamente “occidental y blanca”⁶ encontraron

⁶ Karl-Ludwig Günsche y K. Lantermann, *Historia de la Internacional Socialista*,

un campo de desarrollo mucho mejor. En la próxima sección de este ensayo resumo algunas de las razones más particulares por las que la socialdemocracia europea encontró en importantes segmentos del espectro político latinoamericano un elemento potencial de sus renovadas actividades internacionales. Por lo pronto mi interés se centra en reseñar el lento proceso de acercamiento que empezó a desarrollarse entre la socialdemocracia europea y diversas fuerzas políticas latinoamericanas.

El camino hacia una mayor participación latinoamericana en las actividades internacionales de las fuerzas socialdemócratas fue largo. Existían relativamente pocos movimientos o partidos políticos en la región que claramente compartieran el pensamiento expresado por la Internacional Socialista. Por otra parte, durante los cincuenta y sesenta, como ya lo he sugerido, los partidos socialdemócratas europeos concentraron los esfuerzos por desarrollar un "clientela tercermundista" en las antiguas colonias europeas. Los limitados resultados de estos esfuerzos fueron en realidad una de las razones por las que se prestó mayor atención a América Latina en años posteriores.

Al crearse en 1951 la Internacional Socialista solamente dos partidos políticos de la región aparecieron en su lista de miembros, de nuevo aquellos de Argentina y Uruguay.⁷ Los socialistas de Jamaica se unieron a la Internacional en 1952 y en 1955 se estableció un Secretariado Latinoamericano en Montevideo,⁸ en el que el Partido Socialista Popular Chileno también participó. De acuerdo con Felicity Williams, durante sus primeros seis años el Secretariado estuvo "en contacto" con partidos socialistas de Brasil, Ecuador, Panamá y Perú, con el Partido Socialista Popular de Colombia, con la Federación Socialista de Cuba y el Movimiento 26 de julio, Acción Democrática en Venezuela, Partido Liberación Nacional en Costa Rica, APRA en Perú, el MNR de Bolivia, el Partido Revolucionario Febrerista del Paraguay, el Frente Unido —en el exilio— Dominicano y diversas comunidades europeas exiliadas en México.⁹

Todo esto, sin embargo, no trajo cambios notables a una situación resumida en la prácticamente total falta de interés de parte de los partidos socialistas europeos en relación con el golpe de 1954 en Guatemala

México, Nueva Imagen, 1979, pp. 190-191. Citado en Felicity Williams. *La Internacional Socialista y América Latina*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1984, p. 106.

⁷ Felicity Williams, *op. cit.*, p. 90.

⁸ Michael Lowy, "Trayectoria de la Internacional Socialista en América Latina", *Cuadernos Políticos*, núm. 29, julio-septiembre de 1981.

⁹ Felicity Williams, *op. cit.*, pp. 194-195.

y las denuncias de participación estadounidense en él.¹⁰ El Secretariado Latinoamericano intentó navegar en un curso medio entre las dictaduras militares, que en muchos casos eran abiertamente apoyadas por los Estados Unidos, y los partidos comunistas de la región, cuyos militantes fueron crecientemente influidos por el ejemplo de la revolución cubana después de 1959. Ésta no era una empresa fácil en el contexto de los sesenta, cuando por una parte el impacto de la revolución cubana y por la otra el compromiso de muchas fuerzas políticas con la “Alianza para el Progreso” promovida por los estadounidenses dejó un espacio muy limitado a aquellos socialistas que intentaron abrir una conexión europea.

Sin embargo, en los primeros años de los sesenta, partidos políticos de cuatro países de la región (Costa Rica, Paraguay, Perú y Venezuela) se unieron a la Internacional con carácter de observadores. Este creciente interés llevó a la transformación del Secretariado Latinoamericano en un *Liaison Bureau* en 1966. Para finales de esa década, los partidos latinoamericanos de alguna manera vinculados a la organización, constituían ya su segundo componente geográfico en términos cuantitativos.

Durante el fin de los sesenta cobra nueva velocidad la creciente atención de los social-demócratas europeos por el mundo en desarrollo. Diversos factores contribuyen a explicar este cambio. El primero es el cambio en el clima internacional que introdujo la *ostpolitik* de la República Federal de Alemania. En este sentido, un segundo elemento que es necesario incorporar al análisis estaría dado por el resurgimiento del partido socialdemócrata alemán en la política de su propio país durante el mismo periodo.

La RFA tenía dos características que le ayudaron a desarrollar un papel protagónico en las “políticas tercermundistas” de la Internacional Socialista. La primera estaba relacionada con el papel central que los socialistas alemanes tuvieron en el movimiento durante los años en que éste era aún parte de la Segunda Internacional. Este papel de liderazgo fue confirmado por la influyente participación que el partido tuvo en el proceso de revisión de la ideología socialdemócrata a principios de los cincuenta. Su programa de Bad Godesberg, hecho público también en 1951, tuvo una gran influencia en el proceso de recreación de la Internacional durante el mismo año. El segundo factor se refiere a la falta de posesiones coloniales —una característica compartida por sus contrapartes del norte de Europa— que le imponía menores cons-

¹⁰ Michael Lowy, *op. cit.*, p. 38.

treñimientos a su comportamiento de lo que era el caso de los partidos de Francia o Gran Bretaña.

Los alemanes occidentales expresaron varios desacuerdos con la política exterior estadounidense en otras áreas. Por ejemplo, la intervención que la juventud socialdemócrata alemana (los jusos) tuvo para promover un papel más activista de su partido en cuestiones del Tercer Mundo, fue claramente influido por un evento que contribuyó en movimientos juveniles de todo el mundo: la guerra de Vietnam.

Otros factores empujaron en el mismo sentido. En el contexto de las dificultades económicas de los primeros años de los setenta y en particular como resultado de la primera crisis energética internacional, diversos gobiernos europeos —varios de los cuales estaban entonces bajo control socialdemócrata— intensificaron la atención que prestaban a las cuestiones del “Tercer Mundo”.

Hay otras razones, más particulares, que contribuyen a explicar la creciente atención que estas fuerzas europeas empezaron a dar a América Latina en el contexto de esta renovada atención a las cuestiones del “Tercer Mundo”. Parecía que, como resultado de un proceso en el que América Latina tendía a convertirse en una especie de clase media de las naciones, en nuestra región podía ser más viable su énfasis en una especie de estado de bienestar reformista. Las restricciones económicas al reformismo serían aquí menos severas. Por otra parte, aun sobre la base de consideraciones estrictamente económicas había razones para que América Latina atrajese la atención europea mucho más allá de los círculos socialdemócratas. La región era vista al mismo tiempo como un vasto mercado potencial, la región más industrializada del mundo en desarrollo, un área rica en minerales y recursos energéticos y una reserva potencial de mano de obra barata y relativamente calificada.¹¹ Como si esto no fuera suficiente, la propia América Latina estaba comprometida con el desarrollo de polos alternativos de relación más alia del hemisferio occidental y, por razones que serán discutidas en la siguiente sección de este ensayo, consideraba a los socialdemócratas europeos como una opción atractiva.

El cuadro se complementa si agregamos otros tres factores. La afirmación más general de los intereses europeos frente a los estadounidenses durante esos años también contribuyó a aumentar el interés recíproco. La flexibilidad con la que la Internacional empezó a enfocar cuestiones tan difíciles como las de la democracia política, que por ejemplo hizo más sencilla la participación de algunas fuerzas populistas

¹¹ Jenny Pearce, “Introduction”, *The European Challenge: Europe's Role in Latin America*, London, Latin America Bureau, 1982, p. 6.

de la región, fue un segundo elemento que empujó en el mismo sentido. Por último, el importante papel que los partidos socialistas de España y Portugal empezaron a tener en los círculos de la Internacional Socialista después de la caída de los últimos restos del fascismo europeo, agregó un último factor.

A principios de los setenta todos estos desarrollos habían ya creado un conjunto de condiciones muy favorables para el acercamiento entre la socialdemocracia europea y aquellas fuerzas que podrían asociarse con la "izquierda democrática" latinoamericana. La experiencia del gobierno chileno de la unidad popular entre 1971 y 1973 fue el elemento catalizador del interés mutuo. Diversos aspectos de la experiencia chilena contribuyeron a incrementar el interés socialdemócrata europeo en América Latina. La "vía electoral al socialismo" emprendida por la izquierda chilena de hecho había atraído la atención de las fuerzas políticas socialistas de todo el mundo aun antes del triunfo electoral de Salvador Allende.

Para los socialdemócratas europeos, tal triunfo cobró un significado particularmente importante, ya que parecía probar que los procesos pacíficos de transición eran posibles aun en las áreas menos desarrolladas del mundo. El objetivo de la "vía chilena" de no sólo reformar las estructuras existentes sino "construir el socialismo" también contribuyó a capturar la imaginación de aquellas fuerzas políticas europeas que se sentían limitadas por las realidades políticas de sus propios países para ir "tan lejos". El atractivo del experimento chileno para estas fuerzas tuvo diversas expresiones concretas. Así, la primera reunión que el buró de la Internacional Socialista tuvo en tierra latinoamericana se llevó a cabo en Santiago de Chile en febrero de 1973.

El asesinato del presidente Allende, el golpe de septiembre de 1973, y los niveles que la represión alcanzó en ese país durante las semanas subsecuentes, galvanizaron la atención no solamente de los socialistas europeos sino de segmentos mucho más amplios de la opinión pública europea y mundial. La investigación que la comisión Church del senado estadounidense llevó a cabo sobre el papel del gobierno de ese país en la desestabilización del régimen chileno, por su parte, incrementó la brecha en las percepciones de seguridad dominantes entre las élites políticas estadounidenses, por una parte, y fragmentos importantes del espectro político europeo, por la otra. Las palabras que Américo Ghioldi, miembro en el exilio del partido socialista argentino, usara en su reporte sobre América Latina al Congreso de la Internacional Socialista celebrado en 1955, encontraron un auditorio más receptivo prácticamente veinte años después: "con una ceguera patética ese gran país { Estados Unidos, C.R. }, al reclamar razones estratégicas, ha dado ar-

mamento a dictadores que lo utilizan para oprimir a sus propios pueblos".¹²

En más de un sentido la lucha contra la dictadura militar chilena apoyada por Estados Unidos adquirió el sabor, para toda una nueva generación de socialistas europeos, de algo similar a las luchas antifascistas que habían enfrentado un cuarto de siglo antes en sus propios países aquellos militantes socialdemócratas que, para finales de los setenta, dirigían tanto el movimiento como sus partidos nacionales. Al generalizarse la ola autoritaria en Sudamérica se amplió el rango de atención de la Internacional sobre la región.

En la segunda mitad de los setenta América Latina sólo era superada por la propia Europa como el área geográfica donde la Internacional Socialista tenía más contactos. Su importancia tendió a crecer en la agenda de un movimiento que se declaraba comprometido a cambiar su bien merecida imagen eurocéntrica. Los últimos años de la década fueron testigos de una serie de reuniones de alto nivel entre importantes líderes del movimiento y sus contrapartes latinoamericanas. La participación de las fuerzas políticas de nuestra región alcanzó de una manera u otra al PRI de México, el MDB de Brasil y al MNR salvadoreño. El intento de fraude electoral en la República Dominicana a finales de la década dio a la Internacional una primera oportunidad en la que se probó la posibilidad de acciones concretas más allá de las simples declaraciones.¹³

El XIV Congreso de la Internacional, que tuvo lugar en Vancouver, Canadá, en noviembre de 1978, representa el punto más alto de la participación de la Internacional Socialista en cuestiones latinoamericanas antes de la crisis centroamericana. Entre los más de veinte partidos y movimientos latinoamericanos que asistieron al Congreso se encontró de hecho el Frente Sandinista de Liberación Nacional.¹⁴ En cierto sentido esto simbolizó el papel que el conflicto subregional tendría como un estímulo crucial para aquellas tendencias que empujaban en el sentido de una mayor participación socialdemócrata europea en cuestiones latinoamericanas. De hecho, la crisis centroamericana se convirtió en el nuevo foco de las actividades socialdemócratas europeas

¹² Citado en Felicity Williams, *op. cit.*, p. 125.

¹³ Pierre Schori, *El desafío europeo en Centroamérica*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, pp. 251-254.

¹⁴ *Nueva Sociedad*, núm. 39, noviembre-diciembre de 1979, p. 12. Es interesante notar que el Movimiento Joya Nueva de Granada también solicitó admisión en la Internacional y fue aceptado en 1980. El Movimiento Democrático Nicaragüense, encabezado por Alfonso Robelo, solicitó y le fue negada su incorporación también en 1980.

durante los ochenta. Antes de examinar el papel que estas fuerzas tuvieron en la subregión, presentaré algunas de las razones por las que sus esfuerzos fueron calurosamente recibidos en buena parte del espectro político latinoamericano.

¿EXPECTATIVAS INFLADAS? AMÉRICA LATINA ANTE LA CRECIENTE PRESENCIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA EUROPEA

Europa ha ocupado un papel muy importante dentro de los esfuerzos de diversificación emprendidos por los diversos países de América Latina. Esto es cierto en el campo económico, particularmente por lo que se refiere al comercio, pero aún más en el político. En alguna medida esto refleja tanto la percepción que las élites latinoamericanas tienen de sí mismas como partes de la cultura y la civilización occidentales como un dato de primera importancia: los términos del debate político en la región tienen paralelos interesantes con aquellos que tienden a dominar en Europa. El recibimiento dado a las actividades socialdemócratas europeas en la región debe enmarcarse en este contexto.

Laurence Whitehead ha señalado cómo las diferencias entre el gobierno de Estados Unidos y los de Europa occidental en términos de sus "historias contrastantes, sus roles geopolíticos distintivos y sus actuales diferencias de estructura política . . . originan variaciones marcadas en sus conductas y motivaciones".¹⁵ Sin intentar llevar la comparación demasiado lejos puede tal vez proponerse que existen algunos puntos clave en que los términos del debate político en Europa y América Latina son al mismo tiempo menos "excepcionales" que los estadounidenses y más parecidos entre sí. Por ejemplo, en ambos casos existe tanto una tradición de un conservadurismo más burkeano como una activa presencia del marxismo, como componentes cruciales de las visiones del mundo de importantes segmentos de sus debates públicos.

Como resultado de estos factores, muchas veces parece más fácil para los latinoamericanos relacionarse con fuerzas políticas europeas que con estadounidenses o aun de otras regiones que pudieran ser vistas como importantes polos de relación en la esfera económica, por ejemplo Japón. Hay un aspecto en todo esto que resulta particularmente importante en relación con las actitudes de los socialdemócratas eu-

¹⁵ Laurence Whitehead, "International Aspects of Democratization", en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986, p. 10.

ropeos frente a la crisis centroamericana. Aun si los partidos socialdemócratas no muchas veces han abandonado oficialmente el marxismo en sus declaraciones, el marco conceptual de esta escuela de pensamiento no es ajeno a la manera de pensar de muchos de sus propios militantes. En frecuentes ocasiones esto ayuda en el desarrollo de una actitud más comprensiva frente a movimientos de otros países que pueden utilizar tal lenguaje —en particular si se compara con la que usualmente surge de las élites políticas estadounidenses. Los socialdemócratas europeos parecen más dispuestos a separar retórica y realidad en tales casos, sobre todo si no se refieren a sus antiguas colonias.

Existen otras razones para el optimismo con el que las acciones europeas fueron recibidas en los círculos de la “izquierda democrática” latinoamericana. La vinculación entre la disminución de las tensiones este-oeste a principios de los setenta y el creciente atractivo de la socialdemocracia como un movimiento internacional, es particularmente importante a ese respecto. Es de hecho interesante subrayar que tanto la distensión como el renovado activismo de la Internacional Socialista en “cuestiones del Tercer Mundo” estuvieron estrechamente relacionadas con el papel de Willy Brandt, primero como Ministro de Relaciones Exteriores y Canciller de la RFA, y después de 1976 como presidente de la Internacional.¹⁶

La situación particular de América Latina, en relación tanto con la descolonización europea como con el conflicto este-oeste, hizo que para el desarrollo de los nuevos contactos entre los socialdemócratas europeos y los partidos políticos de la región dominasen aquellas cuestiones que se desarrollaban en la segunda de estas áreas temáticas. Después de todo, con la excepción de algunas islas caribeñas y partes de la costa atlántica sudamericana que han sido percibidas tanto por observadores internacionales como por los propios latinoamericanos como “realidades separadas”, los problemas asociados con la colonización europea se habían “resuelto” mucho antes. Esto ayudó a los europeos a mantener una actitud más relajada en relación con desarrollos que tuvieran lugar en esta área del mundo, de lo que era el caso en sus propias esferas de influencia inmediata.

Creo sin embargo, como ya lo he sugerido, que fue más importante el papel del relajamiento de las tensiones este-oeste a finales de los sesenta y principios de los setenta. Las realidades bipolares del mundo de la posguerra tuvieron un impacto bastante peculiar en América Latina, donde formar parte del “mundo occidental” y ser el “patio trasero” estadounidense, muchas veces parecían ser las dos caras de una

¹⁶ Pierre Shori, *op. cit.*

sola moneda. Esto molestaba particularmente a aquellas fuerzas políticas latinoamericanas que, comprometidas tanto con la reforma de estructuras económicas, políticas y sociales, como con la autodeterminación nacional, mantenían un compromiso con programas de desarrollo esencialmente capitalistas y se veían a sí mismas como “occidentales”. Para ellas, el encontrar alternativas económicas y políticas *dentro de occidente*, se convirtió en una creciente preocupación. Una vez que el alineamiento automático de la social-democracia europea con los Estados Unidos en la mayor parte de las cuestiones internacionales cruciales para la región fue modificado en el contexto de la distensión, la Internacional se hizo crecientemente atractiva para aquellas fuerzas .

Por otra parte, lo limitado de la presencia europea¹⁷ hizo que muchas veces se le viera más como una alternativa ante la completa dominación estadounidense que como una amenaza a la soberanía o el control nacional sobre los recursos nacionales. Esto tendió a disminuir las preocupaciones que podrían haber levantado la historia previa de la participación económica europea en el área. Como lo ha señalado Jenny Pearce, “la tradicional dependencia económica y política de América Latina frente a Estados Unidos y el fuerte resentimiento que esto ha creado dentro de la región, han promovido el que muchos miren positivamente la participación europea”.¹⁸ Así, aunque no hubiese diferencias de sustancia entre las actividades europeas y estadounidenses en la región, la evaluación que las élites latinoamericanas hacían de la primera tendía a enfatizar sus dimensiones positivas.

Existían otros factores que explicaban la bienvenida dada a los europeos. Así, por ejemplo, existía la percepción de que los social-demócratas europeos podrían estar más dispuestos a incorporar las preocupaciones latinoamericanas en áreas cruciales de interés para la región de lo que los estadounidenses habían demostrado estar. Algunos antecedentes para esta creencia partían de las negociaciones económicas que dominaron las relaciones norte-sur a principios de los setenta. Ya he señalado que los problemas económicos de esos años contribuyeron a incrementar la atención de los socialdemócratas europeos en las “cuestiones del Tercer Mundo”. Si se le mira desde el otro lado de la mesa, es comprensible que tal participación levantase expectativas, sobre

¹⁷ Un buen resumen de la limitada presencia económica de los países europeos clave en la región se presenta en Esperanza Durán, *European Interests in Latin America*, Londres, The Royal Institute of International Affairs, 1985. Véase también Sistema Económico Latinoamericano, *América Latina y la Comunidad Económica Europea: problemas y perspectivas*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1983.

¹⁸ Jenny Pearce, *op. cit.*, p. 7.

todo por el tono conciliatorio que algunos de los gobiernos europeos, y en particular los social-demócratas, adoptaron. Tal tono contrastaba claramente con las primeras respuestas de las administraciones Nixon y Ford a las demandas de los países en desarrollo y sugería que los social-demócratas europeos podrían desempeñar un papel interesante en los esfuerzos que la región desarrollaba por lograr un conjunto más equilibrado de contactos internacionales.

No es difícil señalar algunas de las razones que explican las diferencias más importantes entre la actitud de los social-demócratas europeos y la del gobierno estadounidense en este campo. El reformismo estatista promovido por los social-demócratas los hizo más receptivos a las demandas por un "nuevo orden económico internacional" que dominaron las discusiones norte-sur esos años, tomando el lugar que la lucha por la descolonización había tenido. Por otra parte, varios partidos social-demócratas gobernaron en países que tenían una experiencia colonial muy limitada y que por tanto llevaban consigo un número limitado también de herencia de su propia historia. Por ejemplo, el papel que los partidos del norte de Europa desempeñaron en este sentido resulta bastante claro.

América Latina había desempeñado un importante papel en esas negociaciones globales a través de las políticas exteriores de países como Brasil, México y Venezuela. La actitud de compromiso adoptada por los más importantes líderes social-demócratas europeos en foros tales como la Comisión Brandt fue, por otra parte, muy bien recibida en la región.¹⁹

Una segunda área en que las percepciones de los social-demócratas europeos parecían separarse claramente de las que dominaban las élites políticas estadounidenses se refería a las raíces de los cambios económicos, sociales y políticos que se daban en América Latina. Los social-demócrata sueco Olof Palme dirigió a Willy Brandt, en la que resu-nacionalistas de esas luchas que sus contrapartes estadounidenses. Esas diferencias fueron abiertamente discutidas en una carta que el social-demócrata alemán Olof Palme dirigió a Willy Brandt, en la que resumía la percepción del "contacto estadounidense" en el golpe de estado chileno que tendió a dominar en círculos social-demócratas europeos. Sus implicaciones eran sin embargo más amplias:

Los Estados Unidos parecen incapaces de comprender y afrontar de modo constructivo el proceso de liberación que ya está en marcha en el

¹⁹ Jacqueline Roddick y Philio O'Brien, "Europe and Latin America in the Eighties", en *The European Challenge*. . .

subcontinente latinoamericano. La posición norteamericana frente a la lucha de los pueblos latinoamericanos por la libertad es tan estrecha de criterios y corta de miras como lo fue la que sostuvieron en los casos de China y Vietnam frente a personajes como Mao Tse Tung y Ho Chi Min. Los Estados Unidos se sienten amenazados siempre que un pueblo pobre lucha por su liberación nacional y social, pero esa liberación es necesaria e inevitable.²⁰

Una tercera área de percepciones diferentes entre Estados Unidos y los social-demócratas europeos hizo que los últimos parecieran acercarse más a los puntos de vista de la “izquierda democrática” latinoamericana. Me refiero a sus interpretaciones del papel que debiera darse a las actividades soviéticas para explicar la inestabilidad política de algunos países del Tercer Mundo. Al menos en parte, tal desacuerdo reflejaba los diferentes papeles internacionales de diferentes aliados. Los social-demócratas europeos tendían a tomar una posición “regionalista”, en tanto el gobierno estadounidense —en una tendencia que se reforzó claramente al llegar al poder la administración Reagan— favorecía una perspectiva más “globalista”. Las diferencias básicas entre ellas han sido bien resumidas por Karel E. Vosskühler:

El enfoque regionalista ante los conflictos del Tercer Mundo acepta y valora la continuada difusión del poder, aprecia la naturaleza única de los varios alineamientos regionales, supone que existen objetivos limitados detrás de las políticas soviéticas en la mayor parte de las áreas del Tercer Mundo, depende mucho de iniciativas diplomáticas y económicas, favorece la máxima disociación de los conflictos regionales, enfatiza más la diplomacia multilateral, en particular dentro del marco de las Naciones Unidas. . . el enfoque globalista. . . tiende a situar el conflicto en el Tercer Mundo dentro de un contexto este-oeste, supone que el liderazgo soviético tiene aspiraciones globales, depende mucho de la fuerza militar, da un gran valor a las alianzas formales y, al mismo tiempo, muestra una preferencia por la diplomacia bilateral.²¹

Una última área en que las percepciones latinoamericanas y europeas se acercarían en el contexto de la crisis centroamericana se relaciona con los papeles similares que los más grandes países de nuestra región y algunas de sus contrapartes europeas desempeñaban como

²⁰ Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme, *La alternativa socialdemócrata*, Barcelona, Blume, 1977, p. 128.

²¹ Karel E. Vosskühler, “The EEC and the USA: Differing Politic-Economic Approaches”, en Christopher Stevens (ed.), *EEC and the Third World: A Survey*, vol. 3, *The Atlantic Rift*, Nueva York, Holmes & Mier, 1983.

“potencias medias” en la política internacional. Esto era particularmente importante en relación con el énfasis que ponían en el valor del derecho internacional y los “principios aceptados de comportamiento internacional” en tanto factores que limitan la acción de las superpotencias. Tal énfasis cobraría una creciente relevancia a medida que la “guerra de baja intensidad” dirigida por el gobierno estadounidense contra Nicaragua cobró fuerza a mediados de los ochenta.

Como puede verse, existen interesantes antecedentes para la posición que los social-demócratas europeos tomaron en relación con la crisis centroamericana. En la siguiente sección de este ensayo describo con un poco más de detalle algunas de las principales características de tal posición.

FLIRTEANDO CON LA REVOLUCIÓN: EL SOCIALISMO EUROPEO Y LA CRISIS CENTROAMERICANA

Existen algunos elementos de antecedentes más específicos por lo que se refiere a las posiciones adoptadas por los socialdemócratas europeos ante la revolución sandinista y, de manera más general, la crisis centroamericana. El primero se refiere al hecho de que Centroamérica es un área del mundo donde prácticamente no está en juego ningún interés vital de los europeos. El segundo se relaciona a su vez con la respuesta inicial de los partidos asociados a la Internacional Socialista ante la Revolución Cubana a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. En aquella ocasión la mayor parte de ellos reaccionaron de manera bastante positiva, aunque tal entusiasmo tendió a decrecer a medida que el proceso revolucionario se radicalizó después de 1961. De hecho, aquellas fuerzas socialdemócratas que tanto en Europa como en otras partes del mundo mantuvieron una actitud comprensiva ante la Revolución Cubana, basaron muchas veces su posición en la percepción de que su proceso de radicalización y sus crecientes vínculos con el bloque soviético eran el resultado de políticas equivocadas por parte del gobierno de Estados Unidos.

Un último conjunto de elementos de antecedente que debe ser tomado en cuenta se relaciona con el papel que diferentes actores y temáticas políticas centroamericanas habían ya tenido en las actividades de la Internacional Socialista aun antes del triunfo de la revolución en Nicaragua. De hecho, los difíciles equilibrios que la social-democracia europea ha debido mantener en el contexto de la crisis, fueron anunciados en alguna medida por el tipo de contactos que había desarrollado en el curso de los años en la subregión. Éstos constituyen toda

una serie de elementos de antecedentes propiamente centroamericanos.

Ya he mencionado el hecho de que Liberación Nacional de Costa Rica se había unido como observador a la Internacional desde 1966. Este partido estableció, desde 1959, una escuela de educación política para jóvenes líderes políticos y sindicales latinoamericanos que para 1968 pasó a conocerse como Centro de Estudios Democráticos de América Latina, al tiempo que incrementaba sus vínculos con la fundación social-demócrata alemana Friedrich Ebert Stiftung. Aun antes de la crisis centroamericana, Liberación era ya uno de los más importantes asociados latinoamericanos de la Internacional.

Un segundo elemento propiamente centroamericano de antecedente se relaciona con el apoyo político que los social-demócratas europeos dieron a la lucha antisomocista en Nicaragua. Para fines de los setenta la dictadura de Somoza se había convertido, junto con los regímenes militares de Guatemala, en uno de los blancos preferidos de los social-demócratas, quienes tendían a verlos como los peores ejemplos de las equivocadas políticas que en su opinión Estados Unidos desarrollaba en América Latina como un todo. Así, el XIII Congreso de la Internacional, que tuvo lugar a fines de 1976, condenó los abusos a los derechos humanos en Guatemala y Nicaragua, tanto como en Argentina, Bolivia, Chile, la República Dominicana, Paraguay y Uruguay.

La atención dada a Nicaragua creció a medida que la situación del país se deterioraba a finales de la década. Tanto Acción Democrática de Venezuela como Liberación Nacional de Costa Rica contribuyeron a mover el foco de atención de la Internacional en ese sentido. Durante 1978 la Internacional Socialista demandó "parar todas las provisiones de armas a las fuerzas somocistas, especialmente por parte de los Estados Unidos. . . el apoyo de sus partidos miembros a esos grupos dentro de Nicaragua que están ofreciendo resistencia al gobierno de Somoza, y asistencia inmediata a un gobierno que sucediera a Somoza, en su tarea de la reconstrucción del país".²²

Un último elemento centroamericano de antecedente se refería al hecho de que importantes figuras de la izquierda democrática salvadoreña —quienes, después de desencantarse con lo logrado por las primeras juntas cívico-militares creadas en ese país después del golpe de octubre de 1979, decidieron unirse a la insurgencia armada— se habían convertido para fines de los setenta en funcionarios formales de la or-

²² Declaraciones del secretario general de la organización, B. Carlsson, del 13 y 21 de septiembre de 1978, reproducidas en *Socialist Affairs*, núm. 6, 1978, p. 171. Citado en Williams, *op. cit.*, pp. 251 y 252.

ganización.²³ Ya he mencionado, por otra parte, la incorporación del MNR como observador en la Internacional Socialista, lo que constituye otro punto de contacto entre aquellos componentes de la izquierda democrática salvadoreña que se unieron a la insurrección armada y los social-demócratas europeos.

Con este telón de fondo no debe sorprender que los socialistas europeos se contasen entre los primeros actores internacionales en festejar el triunfo sandinista y en ofrecer ayuda material y política al gobierno revolucionario. Tampoco debe hacerlo el que los asesinatos de líderes de la oposición guatemalteca que, como Manuel Colom Argüeta, habían desarrollado estrechos contactos con los líderes social-demócratas europeos, reafirmase su interés en la región; el que algunos de ellos tomaran al menos al principio una actitud de simpatía ante la insurrección salvadoreña; o el que a medida que los desacuerdos entre Costa Rica y Nicaragua se hicieron más abiertos, tuvieran que buscar caminos para equilibrar sus compromisos en la subregión.

Tres diferentes tipos de actores han cumplido importantes papeles en relación con la presencia socialista europea en la crisis centroamericana; gobiernos que en diferentes momentos han estado bajo el control de estas fuerzas políticas, partidos políticos nacionales y, finalmente, la propia Internacional Socialista. Las fuerzas social-demócratas de varios países europeos han tendido a utilizar cada uno de estos canales en diversa medida. Recordar todas las instancias de su actividad en el istmo sería no solamente demasiado largo sino también innecesario para los propósitos de este ensayo. Solamente recordaré algunas de las situaciones más importantes con el fin de aclarar las percepciones de seguridad que estos actores contribuyeron a introducir en el contexto de la crisis.

Cuando se centra la atención en las actividades de los gobiernos europeos, y en particular en las de aquellos que estaban bajo el control de partidos social-demócratas en el curso del actual conflicto centroamericano, resulta particularmente claro qué tan distantes estamos de la indiferencia europea de 1954. Dos tipos de actividades merecen atención especial. La primera se refiere a los diversos programas de ayuda que se dirigieron a mantener abiertas las opciones dentro de occidente de la revolución sandinista y de los revolucionarios salvadore-

²³ Tal vez el caso más prominente fue que Héctor Oqueli, miembro de el MNR de El Salvador, quien a finales de los setenta se convirtió en miembro del secretariado a cargo de cuestiones latinoamericanas. Oqueli es hoy una importante figura en el Frente Democrático Revolucionario de El Salvador que junto con el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional constituye parte de la oposición armada en ese país.

ños. Los gobiernos socialistas europeos participaron en los esfuerzos iniciales para financiar la reconstrucción de la economía nicaragüense después de la revolución. De hecho, el gobierno socialista francés llegó tan lejos como para proporcionar al régimen sandinista 15 millones de dólares en armas.²⁴

Los social-demócratas europeos se contaron también entre las principales fuerzas que movieron el diálogo Centroamérica-Europa iniciado en San José, Costa Rica, en septiembre de 1984, el cual llevaría a un nuevo programa de ayuda económica para la subregión por parte de la Comunidad Económica Europea. Los niveles de ayuda contemplados en este programa son bastante limitados, y las relaciones económicas que América Central mantiene con Europa no son demasiado diferentes, en términos cualitativos,²⁵ de las que tiene con Estados Unidos. Sin embargo, la importancia política de estas acciones no pueden minimizarse. El programa de la CEE, por ejemplo, incluye formalmente a Nicaragua, lo que constituye un desacuerdo abierto con las preferencias estadounidenses dirigidas para entonces al aislamiento del régimen sandinista.

La segunda área de actividad gubernamental se refiere a formas de apoyo que se expresan más en el campo de la política. El gobierno socialista francés fue particularmente activo también a este respecto en las primeras etapas de la crisis. Un ejemplo importante de estas acciones, no sólo por su propia significación sino también porque constituye uno de los casos más controvertidos de cooperación europeo-latinoamericana en el contexto de la crisis, es el comunicado conjunto que ese gobierno emitió junto con el de México en agosto de 1981 en relación con la guerra civil en El Salvador. En él, ambos gobiernos dieron al FDR-FMLN salvadoreño el estatus de "fuerza política representativa", señalando que los frentes debieran ser parte de cualquier intento por resolver la guerra civil en ese país. Esto representa el punto más alto de la participación tanto del gobierno mexicano como del francés en el conflicto salvadoreño. El comunicado fue criticado por otros países latinoamericanos como un caso de intervención en los asuntos internos de esos países del istmo. Sin embargo, también sirvió como el punto de arranque para la serie de resoluciones que la Asamblea General de la ONU ha aprobado en los años siguientes, en las que se llama al go-

²⁴ Walter LaFeber, "The Reagan Administration and Revolutions in Central America", en *Political Science Quarterly*, primavera de 1984, p. 10.

²⁵ Víctor Bulmer-Thomas, "Relaciones económicas entre Centroamérica y Europa occidental", en *Cuadernos Semestrales de Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, núm. 18, segundo semestre de 1985.

bierno salvadoreño a negociar con los frentes en los que los social-demócratas europeos han mantenido una activa participación. En 1982, por ejemplo, una de esas resoluciones, en la que se pedían pláticas antes de las elecciones previstas para ese mismo año, fue patrocinada por los gobiernos de Dinamarca, Francia, Grecia, y los Países Bajos.²⁶

Pueden señalarse otros ejemplos de acciones francesas que representaron cambios importantes en actitudes de las fuerzas políticas europeas previas en el área. Así, es también significativa, en tanto implica una respuesta ante actividades estadounidenses en el área, la oferta hecha por el presidente Mitterrand de ayudar al gobierno nicaragüense a retirar las minas que los contras habían puesto en el golfo de Fonseca con la ayuda de los servicios de inteligencia de la superpotencia.

Una última expresión de los desacuerdos que se dieron al nivel intergubernamental entre los socialistas europeos y sus contrapartes estadounidenses se relacionó con el grado de apoyo que los primeros dieron al proceso de Contadora, lanzado a principios de 1983 por Colombia, México, Panamá y Venezuela como una alternativa a las políticas seguidas por la administración Reagan en la subregión.²⁷ Como resultado de tal apoyo, por ejemplo, los gobiernos europeos han invitado a los gobiernos de Contadora a participar en las reuniones en que se discutió el establecimiento del programa de cooperación económica al que me referí páginas atrás.

No sólo los gobiernos sino los propios partidos y la misma Internacional expresaron su apoyo por el proceso de Contadora, ayudando a proporcionar "opciones occidentales" para los revolucionarios centro-americanos. Pero tal vez un aspecto aún más interesante de las actividades de estos otros actores no gubernamentales europeos se relaciona con el papel que han tenido en la generación y difusión pública de diagnósticos y prescripciones alternativos a los del gobierno estadounidense para enfrentar la crisis. Las diferencias más abiertas con las interpretaciones estadounidenses de las raíces de la crisis y sus potenciales soluciones, se dieron a nivel de la actividad de los partidos. Importantes figuras políticas de la social-democracia europea presentaron fuertes alegatos en favor de una política alternativa que en no pocas ocasiones parecía reflejar una visión positiva, y hasta idealista, de los procesos revolucionarios que tenían lugar en la región.

Un caso particularmente interesante es el del ministro de Relacio-

²⁶ Frederick Tanner, "Un nuevo aspecto en la solución del conflicto en América Central: Europa y Contadora", en *Cuadernos semestrales de Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, núm. 18, segundo semestre de 1985.

²⁷ Frederick Tanner *op. cit.*

nes Exteriores sueco, Pierre Schori, cuyo libro, *El desafío europeo en Centroamérica*,²⁸ fue publicado en Suecia en 1981 y en Costa Rica al año siguiente. Schori presenta, en términos de una firmeza y claridad no siempre presente en el discurso de estas fuerzas políticas, los temas que tendieron a dominar las perspectivas de la socialdemocracia europea sobre la crisis en sus primeros años. Un primer componente de la visión que nos entrega está constituido por la conciencia de las raíces históricas de los actuales conflictos, así como del papel que el nacionalismo y la liberación nacional tienen en ellos. “La historia del Caribe —señala en las primeras páginas de su libro— . . . es la historia de la lucha de los imperios contra los pueblos de la región y del afán interno de esos imperios por eliminarse mutuamente. Pero también es la historia de la lucha de los nativos del Caribe por liberarse de los amos extranjeros”.²⁹ Este énfasis en el nacionalismo y en su impacto sobre las revoluciones centroamericanas será una constante expresada, con variaciones tonales, prácticamente en todas las declaraciones importantes que los social-demócratas europeos hagan en relación con la crisis.³⁰ Schori, sin embargo, va mucho más lejos que la mayor parte de tales declaraciones en la vinculación del pasado histórico con los problemas del presente. Así, termina su primer capítulo con una serie de afirmaciones que podrían haber venido de fuerzas situadas mucho más a la izquierda de los espectros políticos, tanto europeo como centroamericano:

Los constructores imperiales de la época moderna parecen haber heredado muchos de los prejuicios de los primeros colonialistas. Consideran que los latinoamericanos son incapaces de determinar su propio destino. Sostienen enérgicamente que todo intento de emancipación política y económica se nutre en países e ideologías foráneas. Por consiguiente, hay que salvar esas naciones para el “mundo libre” así tenga que hacerse en contra de su propia voluntad y por la fuerza de las armas. Esto, en gran medida, es lo que hace que los pueblos de Centroamérica se encuentren en estos momentos en el ojo del huracán.³¹

Las referencias al papel de Estados Unidos como uno de los principales obstáculos a la autodeterminación centroamericana y como uno

²⁸ Pierre Schori, *op. cit.*

²⁹ *Ibid.*, p. 14.

³⁰ Véase, por ejemplo, Fernando Morán, “Europe’s Rôle in Central America: A Spanish Socialist View”, en Andrew J. Pierre (ed.), *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, Nueva York, Council on Foreign Relations, 1985.

³¹ Schori, *op. cit.*, p. 21.

de los principales componentes de la actual crisis son una constante a todo lo largo del libro. Llega a ser difícil seleccionar las citas más interesantes. A continuación pueden verse algunas de ellas, escogidas aleatoriamente:

En aquellos casos en que los títeres nacionales no han sido capaces de reprimir las reivindicaciones populares de reformas, el nuevo poder colonial no ha vacilado en intervenir directamente. Lo vimos en Guatemala en 1954, y este año (1982) en El Salvador.³²

Los revolucionarios buscaron mucha inspiración en los rebeldes de las generaciones anteriores pero la fuerza motriz principal, por supuesto, era la situación de su propio país y no el fruto de opiniones importadas desde Moscú o La Habana. En cambio, las medidas y las decisiones que se toman en Estados Unidos, el gran vecino de los centroamericanos, desempeñan un papel inmenso.³³

Y el tiburón se ha comido muchas sardinas a lo largo de los años. En la historia del cuerpo de *marines* de Estados Unidos, se mencionan 180 casos de intervenciones en los años que van entre 1800 y 1934. . . .³⁴ el comunismo no es y nunca ha sido una fuerza importante en América Latina. . . . En la práctica sólo una política reaccionaria de los Estados Unidos puede crear posibilidades para el comunismo. . . . La historia muestra claramente que la lucha de liberación en América Latina no es una extensión de la confrontación este-oeste. La mayor parte de los pueblos en Centroamérica no conocen y seguramente no quieren ningún comunismo. Ellos quieren tener ahora, como hace 70 años, tierra y libertad.³⁵

¿Cuándo van a comprender que la identificación con los regímenes más reaccionarios de Latinoamérica es contraproducente, y que una estrategia antisoviética sostenible requiere un intento de tender puentes a gobiernos de respaldo popular? .³⁶

El tono mismo de estas afirmaciones es en sí interesante. Es difícil encontrar el mismo tipo de lenguaje en otras declaraciones social-demócratas europeas. De hecho, es dudoso que muchos participantes de tal movimiento estuviesen de acuerdo con el tipo de lenguaje empleado. Pero la abierta contradicción que anuncian frente a las interpretaciones esgrimidas por la administración Reagan en relación con los orígenes de la crisis centroamericana era ampliamente compartida en tales círculos.³⁷

³² *Ibid.*, p. 28.

³³ *Ibid.*, p. 37.

³⁴ *Ibid.*, p. 43.

³⁵ *Ibid.*, pp. 94-95.

³⁶ *Ibid.*, p. 210.

³⁷ Véase, por ejemplo, el texto de un documento preparado bajo los auspicios de

No es difícil ver por qué los supuestos básicos expresados en las afirmaciones públicas iniciales del gobierno estadounidense, los cuales tendían a culpar del estallido de la crisis a “actividades soviético-cubanas”, resultaban poco creíbles para los social-demócratas europeos. De hecho, las mismas frecuentemente aparecían ante sus ojos como esfuerzos de autojustificación por la parte estadounidense y este desacuerdo sobre las fuentes del conflicto a su vez llevaba a otro desacuerdo sobre las prescripciones de política correctas dirigidas a enfrentarla. El énfasis que la administración Reagan ponía en medidas militares se consideraba incorrecto ya que no resolvía lo que los socialdemócratas europeos consideraban las verdaderas fuentes del conflicto; aislar a Nicaragua era en su opinión una decisión miope, básicamente porque para ellos no era un hecho consumado el que ese país formase ya parte del campo soviético y, en consecuencia, la mejor manera de evitar tal resultado era el mantener abiertas sus opciones en Occidente, etcétera.³⁸

Debe subrayarse que esta clase de afirmaciones no se limitaba al ala izquierda del movimiento. El consenso más amplio que representaba de hecho llegó más allá de las filas socialdemócratas. El que representase desacuerdos con el gobierno de EUA en relación con los medios y no con los objetivos de la política hace que este tipo de afirmaciones social-demócratas resulte aún más interesante para los objetivos de este ensayo. Puede pensarse que entre las percepciones de seguridad dominantes en Estados Unidos y las de estas fuerzas políticas existía un acuerdo básico en relación con los objetivos de política y un desacuerdo sobre los medios más adecuados para alcanzarlos. Wolf Grabendorff subraya que, en su opinión, existe un acuerdo básico entre la mayor parte de las fuerzas políticas europeas y sus contrapartes estadounidenses en relación con los siguientes intereses:

- impedir que los países centroamericanos se adhieran al bloque socialista;
- evitar la inestabilidad interna y regional que resulta de la violencia inter o intraestatal;
- garantizar la cooperación económica a través de apoyo a las economías de libre mercado, y

los socialdemócratas alemanes y holandeses que fue endosado por la mayor parte de los parlamentarios socialdemócratas europeos: *The Central American Crisis: An European Response*, Amsterdam, Transnational Institute, 1984. Véase también la crítica al informe Kissinger presentada por dos influyentes miembros del parlamento británico en Stuart Holland y Donald Anderson, *Kissinger's Kingdom: A Counter Report on Central America*, Londres, Spokesman, 1984.

³⁸ *Ibid.* p. 11.

— promover el desarrollo económico y la justicia social a través de programas de ayuda bilaterales y multilaterales.³⁹

Tales intereses comunes, sin embargo, no modifican la realidad básica definida por el importante desacuerdo que se da entre estos socios de la Alianza Atlántica por lo que se refiere a sus diagnósticos de la crisis centroamericana. Desde la óptica social-demócrata europea, la mejor manera de entender la crisis es como:

- un problema norte-sur limitado al hemisferio occidental;
- un problema profundamente enraizado en la relación histórica de Estados Unidos con sus vecinos del sur;
- una prueba de la capacidad estadounidense de enfrentar adecuadamente la transformación de su imperio informal;
- una prueba para las potencias occidentales de su capacidad de enfrentar adecuadamente el cambio revolucionario y los problemas de la autodeterminación en el Tercer Mundo;
- un problema en relación con la mejor manera de restringir la participación militar de la Unión Soviética y/o de regímenes radicales del Tercer Mundo, y
- un problema en relación con la necesidad de evitar una confrontación entre las superpotencias en la región con sus consecuentes desbordamientos.⁴⁰

Como ya lo he señalado, estos diagnósticos distintos a su vez llevaban a énfasis diferentes en relación con las prescripciones de política preferidas a cada lado del Atlántico. Si se comparan las propuestas de política presentadas por los social-demócratas europeos con las preferencias de los mayores países latinoamericanos, resulta claro que comparten entre sí precisamente los puntos en los que cada uno de ellos a su vez se encuentra en profundo desacuerdo con el gobierno de Estados Unidos.⁴¹

Durante los primeros años de la crisis los social-demócratas europeos parecían moverse en una dirección que podría satisfacer las expectativas creadas de muchos actores políticos latinoamericanos. Cier-

³⁹ Wolf Grabendorff, "Western European Perceptions of the Crisis in Central America", en Wolf Grabendorff, Heinrich-W. Krumwiede y Jorg Todt, *Political Change in Central America: Internal and External Dimensions*, Boulder, West View, 1984, p. 289.

⁴⁰ Wolf Grabendorff, "The Central American Crisis: Is There a Rôle for Western Europe?", en Joseph Cirincione (ed.), *Central America and the Western Alliance*, Nueva York, Holmes & Meier, 1985, p. 129.

⁴¹ Véase, por ejemplo, Carlos Rico, *op. cit.*

tamente contribuyeron durante esos años al objetivo latinoamericano básico de evitar una situación en la que la crisis fuese situada en un contexto estrictamente este-oeste. A partir de 1982, sin embargo, tuvo lugar un perceptible cambio en las actividades que los social-demócratas europeos llevaban adelante en Centroamérica. Este cambio ha tendido a poner en duda el realismo de tales expectativas. Mis consideraciones finales desarrollan estos últimos temas.

CONSIDERACIONES FINALES

El momento más alto del interés social-demócrata europeo por la crisis centroamericana duró poco más de 3 años. Después de 1982 se abrió un nuevo periodo en el que se fue dando una gradual limitación de sus compromisos. La atención europea se renovó con los esfuerzos dirigidos a desarrollar un programa de cooperación económica; que se iniciaron en la Reunión de San José de septiembre de 1984.⁴² Tal atención, sin embargo, tenía importantes diferencias con los momentos iniciales del compromiso europeo occidental. Era una empresa gubernamental que incluía a todos los gobiernos de la CEE y no sólo a aquellos que estuvieran en un momento dado bajo control social-demócrata. Las fuerzas social-demócratas, de hecho, restringieron crecientemente sus actividades. Poco a poco los socialistas nórdicos se convirtieron en la más importante alternativa occidental tanto para el gobierno sandinista como para el movimiento revolucionario en El Salvador.

Son varias las razones que podrían explicar este cambio, algunas de ellas varían de país a país. El gobierno socialista español, por ejemplo, parecía limitado por su deseo de mantener buenas relaciones de trabajo con todas sus antiguas colonias del istmo. Esto lo empujaba a no "tomar partido" en el conflicto. En general, puede decirse que se relacionan con tres conjuntos de factores: a) cambios en la política europea; b) actividades desarrolladas por otros gobiernos en relación con el conflicto; y c) el desarrollo de la propia crisis centroamericana.

Entre los más importantes ejemplos del primer conjunto de cambios debe indudablemente incluirse la consolidación de gobiernos conservadores en dos importantes países de Europa occidental, la RFA y Gran Bretaña, así como los problemas enfrentados por los socialistas franceses. Los gobiernos de los dos primeros países estuvieron entre los primeros miembros europeos de la Alianza Atlántica en cambiar su

⁴² José Miguel Insulza, "Europa, Centroamérica y la Alianza Atlántica", en *Cuadernos semestrales de Estados Unidos: perspectiva latinoamericana* núm. 18, segundo semestre de 1985.

política original respecto de la necesidad de mantener abiertas las opciones del sandinismo dentro de occidente. En este sentido, al menos parte de la limitación que puede percibirse en las actividades de los gobiernos socialdemócratas europeos después de 1984 refleja la naturaleza misma del ejercicio multilateral iniciado en ese mismo año y en el que todos los gobiernos europeos participaron.

El caso de los socialistas franceses ilustra también el segundo conjunto de modificaciones. La ausencia de intereses vitales franceses en el área les había dado un margen mayor de maniobra para actuar de manera más “progresista” de lo que era el caso en sus propias excolonias. El mismo hecho también hizo poco probable que estuviesen dispuestos a pagar el precio de oponerse tanto al gobierno de los EUA como a fuerzas políticas que dentro de la misma Francia criticaban la política seguida ante Centroamérica. No parecía necesario complicar las cosas en cualquiera de estas arenas sólo para mantener políticas relacionadas con un tema relativamente secundario.

Esto nos lleva a nuestro segundo conjunto de desarrollos. Las acciones tanto del gobierno de Estados Unidos como de aquellos países de América Latina que rodean Centroamérica fueron también importantes en la limitación del compromiso de los social-demócratas europeos en la subregión. Por lo que se refiere al primero, desde el inicio mismo de la administración Reagan, no era un secreto el desagrado de los círculos conservadores estadounidenses frente a las actividades de los socialistas europeos.⁴³ La propia administración dio claras señales de molestia. En febrero de 1981 el embajador Eagleburger visitó las principales capitales de Europa occidental como parte de un esfuerzo dirigido a comunicar la perspectiva de su gobierno sobre la crisis. El año siguiente se filtró un memorándum a la prensa estadounidense del Consejo de Seguridad Nacional, en el que se presentaba el esfuerzo por cambiar las actitudes de la Internacional Socialista en relación con la crisis centroamericana como una de las principales prioridades en la agenda centroamericana de la administración. Al hacerse cada vez más clara la prioridad que la administración Reagan daba al conflicto subregional, fueron también cada vez más abiertos los costos potenciales que deberían estar dispuestos a pagar quienes insistieran en desarrollar políticas alternativas ante el conflicto.

Dadas las limitaciones de información pública actualmente disponible, resulta muy difícil probar cualquier caso de presión abierta sobre tales gobiernos o grupos políticos o establecer líneas de causalidad

⁴³ Véase, por ejemplo, Irving Kristol, “Should Europe Be Concerned About Central America?”, en Andrew J. Pierre (ed.), *op. cit.*

claras entre sus cambios de comportamiento y la molestia estadounidense. Sin embargo es difícil negar que tanto tal molestia como la decisión del gobierno de Estados Unidos de modificar lo que le daba origen eran conocidas por los partidos social-demócratas europeos.

El distanciamiento de las fuerzas políticas europeas fue facilitado también como consecuencia de las acciones de aquellos gobiernos latinoamericanos que fueron identificados como el "Grupo de Contadora". En alguna medida la existencia del grupo y el compromiso de países latinoamericanos clave por sostenerlo hizo relativamente más fácil que los gobiernos europeos simplemente transformasen sus propios esfuerzos en declaraciones de apoyo a la iniciativa regional. Por otra parte, tal como sucedió en otros casos de apoyo formal a Contadora, las expresiones concretas de tal solidaridad muchas veces fueron bastante limitadas.

Por lo que se refiere a la propia evolución de la crisis centroamericana, es particularmente importante señalar dos desarrollos. El primero fue el creciente apoyo soviético a la revolución nicaragüense y la radicalización de esta última. Como ya había sucedido en el caso de la Revolución Cubana, muchos social-demócratas vieron ambos como el resultado prácticamente inevitable de la presión que los Estados Unidos hacían sobre el régimen revolucionario. Pero el resultado final seguía estando ahí, independientemente de cuales fueran sus causas. Y aun si diversas fuerzas social-demócratas siguieron luchando por mantener algún espacio abierto para Nicaragua, los cambios más abiertos que tuvieron lugar en otros gobiernos europeos modificaron sustancialmente el contexto en el que debían expresarse sus propuestas de política alternativa.

Las actitudes de otras fuerzas políticas europeas —en este caso los partidos políticos demócrata-cristianos de países cruciales como, de nueva cuenta, la RFA— fueron también particularmente relevantes en relación con el segundo desarrollo centroamericano: la aparente consolidación del gobierno de Napoleón Duarte en El Salvador durante esos años.

Cualesquiera que hayan sido sus orígenes, la limitación de las actividades social-demócratas europeas en Centroamérica trajo consigo una clara reevaluación de las expectativas latinoamericanas frente a su potencial papel como contrapeso de la presencia norteamericana en la subregión. Esta revisión de las esperanzas originales se ha centrado en dos tipos de consideraciones. En primer lugar, las ya mencionadas limitaciones de los compromisos económicos europeos, en particular cuando se les compara con los recursos que la administración Reagan ha estado dispuesta a invertir en apoyo de sus propias preferencias de

política. En segundo término, el tono crecientemente crítico con el que muchos de los partidos social-demócratas europeos tienden a evaluar la política interna nicaragüense, el cual no parece tomar en cuenta la emergencia nacional creada para ese país por la guerra de baja intensidad desatada por los Estados Unidos en su contra. Parecería que estas fuerzas políticas europeas estuvieran consciente o inconscientemente haciendo el juego a uno de los objetivos de tal estrategia, esto es, lograr un creciente aislamiento internacional de Nicaragua. Tal tono crítico se incrementó con el fracaso de los esfuerzos llevados a cabo durante la reunión de 1984 de la Internacional en Río de Janeiro con el fin de lograr que, por un lado, los sandinistas y, por el otro, el entonces líder contra, Arturo Cruz llegasen a un acuerdo sobre los términos que permitiesen la participación del segundo en el proceso electoral nicaragüense de ese mismo año.

Antes de terminar esta evaluación preliminar de la retirada social-demócrata europea ante la crisis centroamericana, deben incorporarse en el análisis dos últimos elementos. El primero señala el hecho de que las fuerzas revolucionarias centroamericanas aún gozan de simpatía en importantes segmentos de las clientelas políticas de la social-democracia europea. En parte como resultado de esto, las direcciones políticas social-demócratas difícilmente podrían, aun si han limitado su apoyo a la revolución nicaragüense, apoyar públicamente las políticas desarrolladas por la administración Reagan. Esta imposibilidad a su vez termina siendo importante para aquellas fuerzas políticas que dentro de Estados Unidos se oponen a la política de la administración, las cuales pueden subrayar los desacuerdos europeos como prueba de los errores del gobierno estadounidense. En cierto sentido parecemos encontrarnos ante un "juego de cuatro bandas", en el que el apoyo de la opinión pública europea limita las afirmaciones públicas de esos gobiernos, lo que a su vez afecta el debate político interno estadounidense en formas que terminan por limitar la capacidad del gobierno de ese país para actuar de acuerdo con sus propias preferencias.

El segundo punto que debe incluirse en nuestra evaluación se refiere a las cambiantes condiciones políticas de países sudamericanos clave, en los que cuatro factores ya tocados previamente en este ensayo pueden contribuir a que resurja un interés socialdemócrata europeo por ellos. En primer lugar, existe una tradición más fuerte de presencia tanto social-demócrata como europea en Sudamérica y en Centroamérica. En segundo término, los intereses económicos y de otra naturaleza que los países europeos tienen en esa área del mundo son claramente más importantes. Tercero, sectores significativos de las izquierdas de esos países han tendido crecientemente a moverse en una dirección

social-demócrata. Por último, los estadounidenses parecen dispuestos a tolerar un grado mayor de comportamiento "heterodoxo" en Sudamérica que en el istmo, al cual parecen seguir considerando parte de su Mediterráneo.

Ahora que la primera parte de la historia de la renovada presencia de la social-democracia europea en América Latina tiende a concluir en un tono francamente anticlimático, podemos esperar que la segunda sea escrita desde una perspectiva más cercana al cono sur del continente. . . tal vez la trama tenga algunos giros más arriesgados en esa segunda entrega.